El Romanticismo en América

por Alberto Ghiraldo

(Prefacio al Vol. IV de la Antología Americana)

I

Dos vías tuvo el romanticismo para entrar en América: la española y la francesa. Unos poetas, como Echeverría, cedieron, directamente, al influjo de Chateaubriand y otros, como Mármol, en la misma Argentina, siguieron, visiblemente, esta escuela al través de las huellas de Larra, de Espronceda y de Zorrilla. Verdad que ambos, y esto es lo que realza a aquellas dos grandes figuras de la poesía americana, se inspiraron en las particularidades de nuestra naturaleza y de nuestra sociedad, con personalidad verdadera, cantaron tomando del romanticismo el espíritu de libertad y de rebeldía que ha caracterizado en Europa a dicha tendencia artística esencialmente revolucionaria.

Si la palabra romanticismo quiere decir algo (¿y quién que "es" no es romántico? había de escribir, andando el tiempo, el paladín del modernismo en América, no hay país más romántico que el nuestro, dijo Valera de España. Años después, Urbina había de afirmar, hablando de México: "nuestro ambiente es incurablemente romántico", con lo que daba a entender que si la expresión vino de fuera, la emoción la teníamos ya los americanos, puesto que el medio social de agitación incesante en que vivieron durante la época del coloniaje y la independencia, era a propósito par afectar y difundir la gallarda manifestación literaria que dió comienzo a una nueva era artística y política.

Y digo política, porque tanto en Europa como en América, el romanticismo fué escuela admirable y franca de rebeldía contra trabas y obstáculos de toda clase opuestos al desarrollo de la personalidad humana. Rebeldía fué ésta como observa un sagaz comentador, que se alzó casi a la vez en toda Europa: En Inglaterra, con los poetas lakistas contempladores de la naturaleza física; en Francia con Rousseau, defensor de la vida natural y no urbana; en Alemania, con los poetas cristianos, que volvieron los ojos a la Edad Media cristiana y caballeresca; en España, haciéndose nacional el arte y venciendo, a principios del siglo XIX al seudo clasicismo francés de los eruditos.

"El romanticismo—había dicho Hugo—no es más que el liberalismo en literatura". Y así fué cómo el espíritu liberal se difundió por toda Europa impulsado por los grandes poetas de la época, los [illegible] y [illegible] que fueron hacia el pueblo, se confundieron con sus ideales, despertaron sentimientos al parecer dormidos y se erigieron en abanderados de un movimiento político, precursor de la revolución social que hoy palpita en el mundo como la luz primera de un alba magnífica.

En América son también románticos, poetas de la acción, los completadores de la obra iniciada por sus hermanos mayores, los de la "lira heroica", esos que, según una feliz expresión "habían roto verdaderamente a hablar, desde el punto de vista del arte, al estallar la guerra de la independencia, cuando una onda de lirismo arrebató sus vidas y sus espíritus haciéndolos prorrumpir en cantos de libertad y esperanza...

Coincidiendo con la aparición del romanticismo en América, surge la guerra intestina, el período de formación nacional, la lucha del caudillaje o caciquismo, que da como resultado la aparición de mandones y tiranos, algunos tan formidables como los más siniestros y feroces padecidos por los antiguos pueblos. Vino el período caótico, continuador de todas las grandes convulsiones políticas y en medio de ellas surgió la voz de los poetas combatiendo a los usurpadores, estimulando a las colectividades en favor de las conquistas por la libertad, fulminando airado a los fratricidas y a los déspotas.

Así surge un Mármol en la Argentina cuando un Rosas nefando levanta sobre su pueblo la cuchilla sangrienta; ese Mármol, escarnador de la conciencia cívica, y cuya es la estrofa vindicadora de toda una colectividad sometida; esa estrofa imprecatoria que hace odiar al tirano y salva, ante la posteridad, en un momento solemne, el honor de un pueblo entero, ese Mármol, tan altivo, tan fuerte, tan robusto en sus cantos condenatorios y vengativos que llegó a condensar en ellos todo el espíritu de resistencia provocado por la tiranía.

II

El criterio aplicado para la selección de esta "Antología" es, como ya lo saben nuestros lectores, el de dar a conocer a cada personalidad con trabajos completos y definitivos, aún dentro de la brevedad de algunos, para dar noción exacta de sus cualidades. Así por ejemplo, de Mármol, elegimos "El Canto del Peregrino—La América" que inspiró al maestro don Juan María Gutiérrez la siguiente reflexión: "Hay quien todavía niega la existencia de una poesía peculiar a la América pero, al fin, se tendrá que reconocer nuestra independencia en literatura como se ha reconocido en política: una y otra no son cuestiones sino hechos. El poeta debe sentir lo que canta y sentirlo entrañablemente: el poeta debe pintar, y pintar con verdad la Naturaleza. ¿Y con qué corazón, con qué colores se han de manifestar eficazmente el movimiento de los afectos que nacen de la sociedad americana y las escenas de su suelo? Con un corazón americanamente apasionado y con los colores que ostentan llanos, montes, ríos y mares americanos... Sólo un "Peregrino" americano pudo llenarnos de orgullo con estos versos de su Canto a América, canto que en parte es una profecía y en parte una realidad que se verifica diariamente.

Y las imprecaciones a Rosas de que ya he hablado y de las cuales ha dicho Menéndez y Pelayo lo siguiente: "Hay en ellas un arranque, un brío, un odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamiento que si a veces, repugna por lo monstruoso, otras veces se agiganta hasta tocar con lo sublime de la invectiva. Aquellas hipérboles desaforadas de venganza y exterminio, aquel estrépito de tumulto y de batalla, aquella inflamada sarta de denuestos y maldiciones, embriagan el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole participar, momentáneamente, de la exaltación del poeta. No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fueron aquellos antiguos yambos de Arquíloco e Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse a las gentes aludidas. Salvo las diferencias entre el puñal y la pluma, hay casos en que el poeta se pone a la altura del tirano a quien combate. Y así como Rosas [illegible] en la historia su bárbara y siniestra grandeza, tienen los incorrectos versos de Mármol cierta poesía bárbara y desgreñada que los hace inolvidables y, en cierto sentido, imperecederos". Y todo ésto después de haber llamado a Mármol "verdugo poético de Rosas". Menéndez y Pelayo no advirtió que el poeta ejercía una misión cívica al cantar así, usando de su verso como de un arma vindicadora. Los sentimientos fundamentales y dominantes en este poeta fueron el amor de la patria y el amor de la naturaleza. Ambos están admirable y definitivamente reflejados, a nuestro juicio, en las composiciones escogidas para esta selección.

ALBERTO GHIRALDO

De Echeverría, el patriarca del romanticismo en América, como se le ha denominado y el que tiene como galardón principal el "haber conquistado la Pampa para la poesía", dos notas fundamentales de su lira "El Desierto", introducción al poema "La cautiva" en que pinta, admirablemente, la naturaleza del suelo de su país y el "Himno al dolor" en que está simbolizada la poesía y el carácter predominante de este poeta, así como su doctrina literaria.

Del gran colombiano Julio Arboleda: "La nueva patria", canto lleno de verdad, viveza y movimiento, como lo ha reconocido la alta crítica, en que se refleja, acabadamente, la índole de su alto espíritu caballeresco y que forma parte de su gran poema "Gonzalo de Oyón" que incompleto y todo según el decir del mismo Menéndez y Pelayo, es "el más notable ensayo de la poesía americana en la narración épica".

De Gertrudis Gómez de Avellaneda, la primer poetisa de su época, sus cuatro más fuertes, más puros y elevados cantos.

De José Eusebio Caro, el notable representante del romanticismo en su país, Colombia, las páginas en que exteriorizó con más energía las características de su espíritu ardiente e indómito.

De Gutiérrez y González, insigne poeta antioqueño, su famosa "Memoria sobre el cultivo del maíz", título humorístico del "poema más americano que hasta ahora ha salido de las prensas" y que es, incuestionablemente, su obra maestra, y una de las más hermosas y originales de nuestra lírica.

Del argentino Ventura de la Vega, los inspirados versos de "La Agitación" los más salientes de la lira de este noble poeta cuando la llamarada romántica inflamó su numen; y la "Página de Album" en que el mismo poeta, residente en España, envía en estrofa purísima y sincera, el mensaje de amor y nostalgia a la patria que abandonó en su adolescencia y que no olvidó nunca.

De Juan Carlos Gómez, el más grande de los románticos uruguayos, y el iniciador del romanticismo en su país, el canto a La Libertad, donde están encerradas todas las modalidades de esta fuerte y simpática personalidad, cuya vida fué la de un noble soñador político "que proscripto de su patria, ya obligada, ya voluntariamente, desde su juventud, hasta su muerte, vivió de sueños íntimos y quimeras, con el sello eterno de la melancolía en la frente".

De Gabriel de la Concepción Valdés de "Plácido", el "mulato de Cuba", a quien el sacrificio hizo inmortal—y que ocupará, oportunamente, un sitio importante en el volumen dedicado a la "Musa Popular",—uno de sus poemas, con sello americano más resaltante, y la sentidísima y conmovedora "Plegaria a Dios", escrita horas antes de ser cruelmente fusilado.

De Guillermo Prieto, el gran poeta representativo de México, que también tendrá figuración extensa en la "Musa popular" de esta "Antología Americana", uno de sus mejores cantos cívicos, en que palpita el amor intensísimo de la patria, que fué una de sus características más pronunciadas.

Y, así, de todos los demás poetas que integran este libro, en el cual podrá notarse la falta de alguien — ¡ay! en mala hora olvidado, — pero en el que, seguramente, no sobrará ningún nombre.

Blasco Ibáñez se siente yanqui

por Nazario Mena Erosa

El conocido escritor hispano Blasco Ibáñez se encuentra nuevamente en los Estados Unidos, que él no vacila en llamar América. Y desde que arribó a la ciudad de New York, se sintió estadounidense, aunque expresó con impropiedad que americano.

"Nosotros los americanos", asentó en sus declaraciones, pero los antecedentes son éstos: antes de haber estado el conocido escritor en los Estados Unidos, atravesaba por una situación económica, punto menos que apurada, debido a que su labor intensa, únicamente le proporcionaba para comer. En los Estados Unidos, los editores de periódicos empezaron por pagarle sus artículos a mil dólares con tema libre, como es de suponerse. El dinero empezó a entrar a cascadas en sus antes exhaustos bolsillos y desde entonces vió recompensada económicamente su intensa labor de muchos años atrás, labor sobre que seguramente pensará que no supieron apreciar como se debía ni los españoles, sus conterráneos, ni los franceses, sus grandes amigos, a quienes escribió su Historia de la Guerra Europea.

Blasco Ibáñez regresó a su patria después de su jira en América, pues estuvo en varias naciones Americanas, pero creemos que los españoles siguieron con él como antes, "injustos", pues no ha tardado en volver a los Estados Unidos, adonde, según se dice en las esferas periodísticas estadounidenses, lo llevó su gratitud, debido, repetimos, a que los estadounidenses han sabido recompensar sus servicios con más "justicia".

Cabe, sin embargo, una rectificación que hacemos desde luego: Blasco Ibáñez, por agradecimiento, se siente estadounidense, (hemos expuesto los méritos respectivos)), y no americano porque exceptuando los Estados Unidos, donde los editores de periódicos pueden pagar mil dólares por cada uno de sus artículos, las demás naciones americanas, ni pueden pagar una cantidad tan crecida, ni la pagarían de poder, porque no simpatizan con el conocido escritor hispano.

No sabemos si Blasco quiso ser tendencioso, llamando América a los Estados Unidos, pero creemos necesario asentar aquí que los europeos incurren en ese error con frecuencia, pues cuando los emigrantes se alejan de sus lares, con rumbo a los Estados Unidos, siempre dicen: vamos a América. Efectivamente, vienen a América, pero ellos, los emigrantes, se refieren únicamente a los Estados Unidos.

Así pues, Blasco se siente estadounidense, debido, dicho sea por tercera vez, a que en los Estados Unidos han sabido recompensar su intensa labor de escritor, como no se supo hacer en España.

Estas declaraciones han sido comentadas en todos tonos por la misma prensa estadounidense, lo que seguramente no habrá agradado al "paisano".

Y la prensa mexicana, a propósito, ha comentado el caso discretamente, demasiado, porque éste sería el momento para recordar al escritor hispano su estancia en México, cuando la administración carrancista no supo corresponder económicamente a la atención que tuvo para nosotros, los mexicanos, de haber abandonado sus lares para hacernos una visita que desgraciadamente no resultó todo lo lucrosa que hubiese deseado el visitante.

Aventuramos la opinión de que Blasco no permanecerá mucho tiempo en los Estados Unidos, y no sacará ahora todo el provecho que seguramente esperará de sus artículos, porque sus "paisanos" los estadounidenses, ya le vieron la oreja: saben que lo que quiere el escritor hispano es dinero, mucho dinero.

Y los estadounidenses, tan francotes que son, le cerrarán ahora sus bolsillos, terminando para el agradecido hombre de letras el gratísimo ruido argentino de los dólares "americanos".

Entonces, ¿por qué no? regresará a España, su amante madre, cuyos brazos estarán siempre dispuestos a estrecharle, porque las madres son así...

La Tiranía del Perú

Amenaza a Haya de la Torre

I. - La Amenaza

Lima, a 12 de noviembre de 1923.

Sr. D. V. R. Haya de la Torre
México.

Recordado Víctor Raúl:

Usted, seguramente no ha olvidado que nuestra situación con el gobierno no es obstáculo y; antes bien, nos ofrece mejor oportunidad de podernos llamar amigos suyos. No somos los únicos que en el seno del leguiísmo le admiramos y le queremos, sabiendo que es usted, la persona que mayores esperanzas ofrece al país en el futuro, por su energía y por su talento, pues muchos otros hay, aun en las altas esferas oficiales, que no pueden dejar de reconocer a Vd. un hombre grande. Le recordamos ésto, aunque sabemos que usted, por las pruebas indudables que le dimos cuando su persecución en mayo, confiará de nuestra palabra, como confió entonces.

Recordado Víctor Raul, piense Ud. muy seriamente en lo que vamos a decirle. Ud. está agravando su situación con la campaña que hace al Presidente en el extranjero. El sabe bien que es usted el único capaz de motivar las protestas de los universitarios y obreros que por instigaciones suyas se producen a diario. Las declaraciones de los estudiantes de Cuba, México, Panamá, Uruguay y otros países, la de los periódicos obreros de Norte y Sud América se refieren todas a Vd. Ya comprenderá que el Presidente tiene el derecho de exasperarse y aunque esté Vd. lejos, no debe olvidar que tiene hermanos y un padre respetable...

Sí; nuestro recordado Víctor Raúl, su padre, su familia puede ser objeto de cualquier abuso, favorecido por los odios de tanta mala gente que rodea siempre a los gobiernos. Nosotros haríamos todo lo posible, pero quizá nada podríamos. Lo mejor que puede usted hacer es no continuar motivando esas protestas y desprestigios para el señor Leguía. Usted es muchacho y tiene abierto el porvenir; de manera que no debe preocuparle tanto los errores o lo que a su juicio sean malos actos del Presidente. Piense usted mucho en su padre y en el peligro que puede correr.

Su hermano Agustín está ya preso en la Isla. No creemos que los motivos de su prisión obedezcan a premiarlo a Vd. pero algo se dice de esto porque no hay otra razón posible... Le hablamos con toda franqueza: ¿Qué le costaría a Vd. escribirnos una carta diciéndonos que se compromete a no desprestigiar al señor Leguía? Piense Vd. que somos sus amigos y se lo pedimos por lo que pudiera ocurrir. Esto, además, no está en contra de sus ideas que nosotros respetamos y admiramos, pero conviene a su tranquilidad en el destierro. Con esa declaración que sería reservada para nosotros, nos comprometeríamos a hacer cuchas gestiones, le evitaríamos disgustos y quizá si pudiera usted volver algún día al seno de la querida patria que tanto espera de usted.

No vaya a creer Vd. que cambiando de gobierno Vd. volvería fácilmente, porque sabemos de muy buena fuente que los "civilistas" lo mantendrían a Vd. fuera del país y don Germán lo mismo. Cuando le deportaron a Vd. muchos de la oposición le mandaron decir al Presidente que eso estaba muy bien. Por ejemplo los doctores X. X.... y N. N.... profesores de la Universidad le enviaron ese recado por intermedio del doctor Z. Z. que, usted sabe, tiene por qué ver al Presidente y verlos a ellos.

En buena cuenta, usted volvería pronto, si, en nombre de los ideales que Vd. persigue, hiciera algo por transar; y esto no es traicionar. A los obreros Vd. debe conocerlos; protestan pero se venden. Su error de usted es confiar en ellos.

Amigo Víctor Raúl: medite usted con tranquilidad y contéstenos. En nombre de que alguna vez le dimos pruebas de amistad, guárdenos el secreto. Sepamos siempre amigos suyos y que procedemos por la amistad sincera que le profesamos y no por encargo alguno. Acuérdese que espontáneamente le servimos en mayo, y creemos que mucho le valió entonces nuestros avisos para librarlo de la violencia que en esos momentos de ofuscación se iba a cometer con Vd. Teniendo presente ese detalle, que suponemos no lo haya olvidado, le escribimos juntos los que fuimos a verle a su "escondite" para darle anuncios oportunos. Le pedimos pues a su hidalguía no diga nada de nosotros porque sería un escándalo, y quizá sí para usted fuera también peor.

Estamos a sus órdenes y nosotros procuraremos evitar mucho y algo haremos por su hermano para que salga de la prisión, pero no olvide usted lo que le decimos y recuerde que tiene un padre que puede ser víctima. ¡Están los tiempos tan raros.

Siempre sus amigos verdaderos y seguros servidores.

X. X. N. N.

La contestación diríjala sin certificar para no tener que comprobar nuestra identidad en el correo: a Juan Calderón S. — Lima.

II. - Contestación de Haya de la Torre

San Angel, México, diciembre 19

Señores X. X. y N. N. — Lima.

La primera carta que he recibido con mi nombre del Perú por vía directa y respetada por la censura ha sido la de ustedes. Anoto esta circunstancia porque dada la incomunicación en que se me tiene, no ha debido pasar a ustedes desapercibida. Agradezco las buenas opiniones que yo le merezco y el cuidado que manifiestan por mi situación, la de mi hermano Agustín y el riesgo en que Vds. creen se encuentra mi padre. Les contesto:

Yo no olvido que fueron ustedes, solícitos conmigo en mayo y que con toda oportunidad me dieron a conocer el plan que el señor Rada y Gamio habían tramado para apresarme, conducirme a Casamatas y deportar a otro con mi nombre. Ustedes recordarán que al agradecerles el aviso les dije que ya lo había tenido por mi hermano a quien alguien, muy de Palacio, se lo dió en instantes decisivos. Sin embargo, estimando el sentido espontáneo del anuncio de Vds., lo agradecí y lo recuerdo con simpatía. En gracia a mi reconocimiento, me privo de publicar con esta carta y la de ustedes, sus nombres.

V. R. HAYA DE LA TORRE

No es necesario que Vds. insinúen sin sión de mi hermano. Yo sé bien que él paga cuentas mías. Sólo que los paga con tranquilidad y sabiendo que eso y mucho tendrá que soportar por llevar mi nombre. Pero no puedo admitir lo que [illegible] — [illegible] con buena intención — me piden que diga. Les advierto que la furia sangrienta del presidente Leguía marcha por sí sola. Quizá la propaguen, más que los vivos, sus víctimas, los que cayeron en mayo y en octubre de las filas obrero-estudiantiles. Vds. saben que la sangre vertida injustamente grita por bocas misteriosas hacia todos los ámbitos exigiendo justicia. No sería pues, absolutamente indispensable, que yo hubiera hablado, o que mi prisión y mi destierro despertaran tan espontáneas y vivas protestas en todo el Continente. Yo he dicho, digo y diré lo que mi conciencia me imponga que diga: que el Perú sufre una tiranía brutal y siniestra; que Leguía se ensaña con los estudiantes y obreros; que está vendiendo el país al capitalismo norteamericano para contar con la cohonestación de Washington y, sobre todo, que cuenta para sus atropellos criminales, con el apoyo de mucha gente que paga: periodistas, militares, rebaño parlamentario, clérigos de sotana roja y negra, para que le secunden, defiendan e inciensen. Silenciar todo ésto sería delinquir. Lo dije antes de ahora en el Perú desde la prensa y desde la tribuna. Lo dije con entereza y con insistencia. Torpe sería no decirlo ahora, que por haber hablado con sinceridad, sufrí prisión y se me tiene desterrado.

Yo sé, que lejos de las garras de la tiranía será difícil hacerme callar, si no es empleando los nuevos métodos de Juan Vicente Gómez, que manda al extranjero emisarios para asesinar a sus enemigos. Sé también que al igual de la hiena de Venezuela se usará del método cruel que Vds. ven como peligro. Es verdad que tengo hermanos; uno en la prisión de la isla de San Lorenzo y otro expulsado de la Universidad de Trujillo por el lacayo catedrático de la tiranía perseguido por ese personaje sombrío que gobierna mi provincia. D. Temístocles Molina, autor inmediato de la muerte de doscientos obreros que ordenó el gobierno el año pasado. Ustedes me dicen que peligra la situación de mi padre y que yo debo, velando por ella, declarar que no diré nada por el tirano del Perú. Esto es inaceptable. Estoy seguro que mi padre se ofendería si yo quisiera evitarle males así, con detrimento de mi conciencia. Si para castigarme se le castiga, yo tomaré la justicia por mi mano. Pueden Vds. hacer el uso que crean más conveniente de esta declaración.

Quiero indicarles ahora, como hice en mayo, que su aviso no me ha sorprendido. Persona amiga al presidente Leguía me lo dijo en La Habana, cuando toda la prensa de Cuba se hizo eco por la protesta de la Juventud de América por mi proscripción. Yo entonces respondí lo que ahora les digo a Vds.

No quiero pasar por alto la noticia que me dan de que los "civilistas" o el señor Leguía y Martínez si llegaran al gobierno me mantendrían en el destierro. Lo sabía por una carta de Guayaquil y repetidas veces en Panamá se lo dije a los desterrados partidarios del ex-ministro de gobierno. No es ese tampoco anuncio nuevo. Se deduce fácilmente por mi desvinculación con todos los grupos conservadores que se haya dividido la política profesional del Perú. Me interesa muy poco lo que ellos piensen y tengan determinado respecto a mi situación, porque ninguna clase de lazos ideológicos o de intereses me allegan a sus ambiciones personalistas e inmorales. El "civilismo" que es una rama disidente del grupo que sostiene el señor Leguía, tiene en la actitud de El Comercio de Lima, su órgano tradicional, el mejor exponente. No se olviden Vds. que el señor Miro Quesada director de ese diario cuya casa fué saqueada e incendiada por las turbas gubernativas el 10 de septiembre de 1919, estuvo a visitar al presidente Leguía en Palacio a su llegada a Europa.

Don Clemente Palma en un artículo de su periódico de los varios que ha publicado para atacarme, después de mi expulsión del Perú, ha dicho que mis ideas sociales son peligrosas y mi "antinacionalismo" censurable. Define él mi "antinacionalismo" como la desconfianza que yo he procurado hacer llegar al pueblo respecto de todos los hombres [illegible] Perú. [illegible] y me [illegible], porque yo proclamo que no hay un solo hombre mayor de treinta años de los que manejan la política nuestra en quien se pueda creer. No hay uno sólo con médula, hombría y desinterés siquiera.

Vean ustedes, pues, que estoy muy lejos de confiar en mi vuelta próxima al Perú. Como salí solo, volveré solo, algún día, también; aunque ustedes me digan que no debo confiar en los obreros, engañado o no es en quienes creo; creo en la juventud tanto intelectual como proletaria que representa el espíritu de la nueva generación. Puede ser que le falte orientación definida y que por vivir en una hora de aplastamiento moral, participe en algo de la apatía ambiente. Pero si Vds. recuerdan con cuanto valor lucharon en mayo y han resistido en octubre a los gendarmes del gobierno, muriendo con valor, estarán de acuerdo conmigo que hay que esperar de esos hombres con razón, porque son jóvenes y son valientes.

Quizá me he extendido mucho en esta carta. Quise dar a Vds. una impresión amplia de los conceptos que su aviso me ha sugerido. Repito que agradezco lo que hay de interés personal y hasta de simpatía. Los recuerdo sí, que justificó algunos párrafos ingenuos o mal expresados porque viendo como ven Vds. la vida, posiblemente acostumbrados a los métodos de la política vieja y viciosa, que sólo permite el triunfo de un propósito a fuerza de oro, ustedes me miran con cierta piedad de iluso, sabiéndome pobre. Acepto sin indignarme ese sentido protector de su carta, pero sepan bien, que más fuerte que el dinero es la fe. Así nos lo enseñan los idealistas y así lo he de enseñar yo, de nuevo y desde campo más vasto, alguna vez en el Perú.

(F). Haya de la Torre.

APARECIÓ

LUCIO V. MANSILLA

ROZAS

ESTUDIO HISTÓRICO-PSICOLÓGICO

CON UNA INTRODUCCION DE ANIBAL PONCE

$ 1.|m/n. en todas las Librerías

Simpatía, Justicia, Solidaridad

por José Ingenieros

I. SIMPATIA

Simpatizar es comprender. La simpatía es un secreto ritmo que pone en comunión los sentimientos, sin causa perceptible, anticipándose a toda reflexión sobre la conveniencia de la intimidad. Es confianza de ser comprendido; es deseo de serlo; simpatizar con alguien, implica entregársele en alguna medida, sin temor a la deslealtad o la traición.

En todos los que trabajan, piensan o cantan, existe un fondo común de inclinaciones que pueden fácilmente vibrar al unísono; y en todos hay, a la vez, diferencias personales inarmonizables. La capacidad de simpatía predomina en los que saben comprender las tendencias homogéneas, y las cultivan en sí mismos, y las aman en los demás, gozando en su humano regocijo, sufriendo de su humano dolor; los incomprensivos, que viven escudriñando lo inconciliable de los caracteres, para mellar las propias aristas contra las ajenas, no pueden sentir simpatía ni despertarla, están condenados a sembrar la discordia y a sufrir de ella.

Todo lo que es humano puede provocar una resonancia moral; pero no todo merece la misma simpatía, ni ésta nace igual ante motivos diferentes. La más fácil es la simpatía física; la más firme es la que arraiga en la comunidad de ideales. Debe ser espontánea y sin límites para que sea duradera; poner reservas a su natural expansión, es matarla. No conoce barreras; la lengua y las costumbres pueden apresurarla, si son idénticas; pero no logran obstruirla por mucho que difieran. La afinidad de anhelos, de creencias, de esperanzas, acerca los caracteres y los hace simpatizar, trasponiendo la distancia y el tiempo; por eso se consideran hermanos todos los que sienten una misma ansiedad de justicia, auscultando con idéntico fervor optimista el porvenir de la humanidad.

Saber ascender la simpatía es un don natural, inexplicable y raro; saberla sentir, es un elemento decisivo de la felicidad. Los hombres que están inclinados a simpatizar con los demás son los mejores instrumentos de la harmonía social.

2. — *La simpatía es bondad en acción.* Obra bien todo el que puede simpatizar, porque esta aptitud absuelve al hombre, apartándole del mal que conspira contra él mismo y contra los demás. La incapacidad de confiar en otros obstruye la felicidad; la simpatía es generosa fuente de dicha y nos impulsa a sentirnos elevados por todo lo que eleva moralmente a nuestros semejantes.

La intolerancia y el odio nacen de la incapacidad de simpatía; no se tolera al que no se comprende, no se ama al que no se sabe comprender. La pérdida de este sentimiento es el martirio de los pesimistas y los fracasados; [illegible] a uno.

La incapacidad de simpatía aísla la confianza en sí mismo y siembra la discordia en los demás. Los simpáticos son antisociales, porque su acíbar envenena a todos; desde antes, descuidan los lazos más firmes del amor. En su desgracia llevan la fuente del propio sufrir; tiemblan de todo ruido y en toda sombra sospechan una celada; a nada se atreven, suponiendo que los demás están contagiados de su propio mal; cuando necesitan de cómplices, acaban por entregarse a los más viles, haciéndose manejar por seres sin conciencia y sin responsabilidad. Los que han vivido envenenando suelen morir envenenados.

La falta de comprensión y de confianza equivale al mal: es simple maldad en acción. Son escorias sociales los que viven de la hipocresía o esparcen la calumnia, los que fingen o mienten, los que ocultan una partícula de la verdad que saben para obtener una prebenda o un beneficio, los que alientan la indignidad ajena o no se avergüenzan de la propia, los cómplices del error o de la superstición, de la injusticia o del privilegio.

En la incapacidad de simpatía se incuban todas las degeneraciones del carácter. El engaño, la duplicidad, la artería, la traición, el crimen, son inconcebibles en un corazón capaz de simpatizar.

3. — *La comprensión es premisa de la justicia.* Juzgar a los hombres sin comprender sus móviles, sus sentimientos o sus ideales, constituye una falta de moralidad; saber comprender a los mejores, es privilegio de pocos que pueden elevarse hasta su nivel, adiamantando la simpatía inicial en admiración firmísima.

Se asciende por grados las etapas de la comprensión. En su aspecto más simple la simpatía es una tendencia instintiva, que pronto engendra la ternura: como si un reflejo de los sentimientos ajenos estremeciera nuestro corazón y lo obligara a latir por ellos, poniendo al unísono la vida sentimental, entera.

Más honda comprensión existe en la solidaridad; que es simpatía consciente y pertinaz; la resonancia efectiva se eleva a unidad de creencias o de ideas, de actividad o de esperanzas. En la ternura la simpatía es íntima y encapullada; en la solidaridad es reflexiva y militante. Por eso la primera suele ser individual y preside a la comunión en el sufrimiento, mientras la segunda tiende a hacerse colectiva y es necesaria para la comunión en el esfuerzo.

El más alto ritmo de la simpatía es la admiración. Súmanse en ella los sentimientos y los conceptos superiores de la personalidad, los que convergen a la elaboración de los ideales humanos. Al admirar reconocemos que lo admirado se acerca a nuestro ideal de perfección; por eso el hombre sincero admira las obras ajenas en razón directa del goce que sentiría si las hubiera creado. Ningún sentimiento revela mayor espíritu de justicia; ninguno tiene más alto valor educativo.

La simpatía se convierte en instrumento de perfección cuando impulsa a amar por [illegible] Aprendan los jóvenes a comprender y admirar, porque la admiración de lo superior estimula el deseo de igualarlo. Y es superior todo lo que aumenta el saber, la virtud y la dignidad entre los hombres; lo que tiende a harmonizar los sentimientos de la humanidad; lo que puede encender la simpatía necesaria para servir grandes idea-

II. JUSTICIA

1. — *La justicia es el equilibrio entre la moral y el derecho.* Tiene un valor superior al de la ley; lo justo es siempre moral; las leyes pueden ser injustas. Acatar la ley es un acto de disciplina, pero a veces implica una inmoralidad; respetar la justicia es un deber del hombre digno, aunque para ello tenga que elevarse sobre las imperfecciones de la ley.

La perfectibilidad social se traduce en aumento de la justicia en las relaciones entre los hombres. Esa creencia ha embellecido las inquietudes que en todo tiempo agitaron a los núcleos más morales de la humanidad, y es de augurar que cada generación las renueve con creciente fervor en el porvenir. El mayor obstáculo al progreso institucional de los pueblos es la fosilización de las leyes; si la realidad social varía, es necesario que los principios de Derecho experimenten variaciones correlativas. La justicia no es inmanente ni absoluta: está en devenir incesante, en función de la moralidad social.

Todos los ideales melioristas tienen la justicia por común denominador; todos anhelan desterrar de la sociedad algún desequilibrio. La justicia tiende a orientar la estimación hacia la virtud, el bienestar hacia el trabajo, la honra hacia el mérito; y es, por eso, la cúspide imaginaria de la moralidad, que sólo puede admirar como fecundos esos valores sociales. Cuando por ellos se mida a los hombres, habrá justicia en los pueblos; y no es varón justo el que no contribuye al advenimiento de esos valores en la medida de sus fuerzas.

2. — *Los intereses creados obstruyen el devenir de la justicia.* Todo privilegio injusto implica una inmoral subversión de los valores sociales. En las sociedades carcomidas por la injusticia, los hombres pierden el sentimiento del deber y se apartan de la virtud; el parasitismo deja de inspirar repulsión a quienes lo usufructúan y encadena a las víctimas en la domesticación; los hombres viven esclavos de fantasmas vanos y la honra mayor recae en los sujetos de menos méritos. La justicia enmudece y se abisma.

Cuando en la conciencia social no vibra un fuerte anhelo de justicia, nadie templa su personalidad, ni exalta su carácter. Donde más medran los que más se arrastran [illegible] del mérito, los hombres renuncian a éste por conseguir aquél, prefieren una buena prebenda a una recta conducta, si aquélla sirve para inflar el rango y ésta apenas para acrecentar el mérito. Los hombres niéganse a trabajar y a estudiar al ver que la sociedad cubre de privilegios a los holgazanes y a los ignorantes. Y es por falta de justicia que los Estados se convierten en confabulaciones de favoritos y de charlatanes aptos para lucrar de la patria, pero incapaces de honrarla con obras dignas.

Loados sean los jóvenes que izan frente al sol una bandera de justicia para aumentar en el mundo el equilibrio entre el bienestar y el trabajo. Sin ellos las sociedades se estancarían en la quietud que paraliza y mata; sin ellos la cristalina corriente del progreso, que jamás se detiene, tornaríase mansa estabilidad de pantano que asfixia. Loados los que conciben más Justicia, los que por ella trabajan, los que por ella luchan, los que por ella mueren. Son plasmadores del porvenir, encarnan ideales que tienden perennemente a realizarse en la humanidad.

3. — *El hombre justo rehuye toda complicidad con el mal.* Niega homenaje a los falsos valores que ponen sus raíces en la improbidad colectiva. Los desprecia en los demás y se avergonzaría de usufructuarlos. Todo privilegio inmerecido le parece una inmoralidad.

El hombre justo se inclina respetuoso ante los valores reales; los admira en los otros y aspira a poseerlos él mismo. Ama a todos los virtuosos, a todos los que trabajan, a todos los que elevan su personalidad por el estudio, a todos los que aumentan, con su esfuerzo, el bienestar de sus semejantes.

El hombre justo necesita una inquebrantable firmeza. Los débiles pueden ser caritativos, pero no saben ser justos. La caridad es el reverso de la justicia. El acto caritativo, el favor, es una complicidad en el mal. Detrás de toda caridad existe una injusticia.

El hombre justo quiere que desaparezcan, por innecesarios, el favor y la caridad; la justicia no consiste en ocultar las lacras, sino en suprimirlas. Los remedios inútiles sólo sirven para complicar las enfermedades.

El hombre justo no puede escuchar a los que predican la caridad para seguir aprovechando la injusticia. Pero su respuesta debe estar en su conducta, juzgando sus propios actos como si fueran ajenos, midiéndolos con la misma vara, severamente, inflexiblemente. La complacencia con las propias debilidades constituye la más inmoral de las injusticias. El hombre justo es capaz de rehusar un [illegible] a su familia y a sus cómplices, [illegible] es una injusticia. El hombre justo es, por lo tanto, estoico; debe serlo siempre y con todos, saber decir ¡no! a sus allegados y a sí mismo, cuando le asalta una tentación injusta. La madre de Pausanías llevó la primera piedra para que lapidaran a su hijo infame...

III. SOLIDARIDAD

1. — *La solidaridad es harmonía que emerge de la justicia.* Es simpatía actuante y da fuerza a los que persiguen un mismo objetivo. Hay solidaridad en una comunión de hombres cuando la dicha del mejor enorgullece a todos y la miseria del más triste llena a todos de vergüenza. Sin esta fuerza que acomuna las voluntades y los corazones, imposible es realizar grandes ensueños colectivos; la cohesión de un pueblo depende exclusivamente del unísono con que se ritmen las esperanzas, los intereses y los ideales de todos.

Donde falta justicia no puede haber solidaridad; sembrando la una se cosecha la otra. Gobernar un pueblo no es igualar a sus componentes, ni sacrificar alguna parte en beneficio de otras: es propender hacia un equilibrio que favorece la unidad funcional, desenvolviendo la solidaridad entre las partes, que son heterogéneas sin ser antagónicas. La heterogeneidad es natural por la diferencia de aptitudes y de tendencias humanas; y es provechosa, porque engendra las desigualdades necesarias para las múltiples funciones de la vida social. Siendo naturales, las desigualdades no pueden suprimirse; ni convendría suprimirlas aunque se pudiese. La solidaridad consiste en equilibrarlas, creando la igualdad ante el derecho, para que todas las desigualdades puedan desenvolverse íntegramente en beneficio de la sociedad.

Cuando se obstruye a un solo hombre el camino de todas las posibilidades, hay injusticia en la nación. Todo privilegio en favor de una casta, partido, sexo, facción o grupo, coleccionado en oposición a los demás, es un residuo de barbarie violatoria de la justicia; las naciones están civilizadas en cuanto oponen la solidaridad total a los privilegios particulares.

La solidaridad se desarrolla paralelamente a la cantidad de justicia que hay en el equilibrio social. En las sociedades bárbaras, la lucha por la vida depende del desequilibrio entre las partes; éstas se van equilibrando en las sociedades civilizadas y aparece la asociación en la lucha por el bienestar común. La Justicia obra eliminando los privilegios no sustentados en el mérito, que se mide por la utilidad social de las funciones desempeñadas.

2. — *El desequilibrio social engendra la violencia.* Cuando alguna parte de un todo se hipertrofia a expensas de las otras, la unidad funcional se altera y el juego de las recíprocas interacciones tórnase destinado y funesto. Toda violencia es un efecto de causas; sólo puede suprimirse reparando el desequilibrio que la engendra. Oponer la violencia a la violencia puede ser un mal necesario, pero es transitoriamente una agravación del mal; sólo es un bien si de ella nace un nuevo estado de equilibrio fundado en mayor justicia.

Hay, sin duda, naciones pobres y épocas de pobreza, que nadie puede prevenir ni evitar. La miseria de una sola clase, en cambio, nace del desequilibrio interno en la economía de las naciones; es una desproporción entre las funciones ejercitadas y las recompensas recibidas. El hambre de algunos es siempre injusta cuando otros ostentan opulencia; y lo es más si, como es frecuente, ella recae en los que trabajan para mantener en la ociosidad a los que no la sufren. La miseria, más grave para la mente que para el cuerpo, disuelve en los hombres los sentimientos sociales y entibia los vínculos de la solidaridad.

La fe en la justicia de los demás es necesaria para no vivir como entre enemigos; el egoísmo, la avidez, la avaricia, la usurpación, el robo, nacen de la falta de confianza y provocan la violencia, que es un efecto de la injusticia, aunque a su vez sea injusta. Es natural en las sociedades bárbaras, pero incompatible con un verdadero estado de civilización. Los intereses heterogéneos se coordinan favoreciendo el advenimiento de instituciones que aumenten la confianza en la lealtad de todos.

El odio y la hostilidad entre las partes son reflejos de viejas carcomas que perturban el equilibrio de la sociedad y rompen la harmonía de sus funciones; esos funestos sentimientos sólo podrán extinguirse poniendo la Justicia como fundamento de la ética social, la Verdad como base de la cultura colectiva y el Trabajo como primera condición del mérito. El privilegio, la superstición y la ociosidad son los enemigos de la paz social.

3. — *La solidaridad crece en razón directa de la justicia.* Quien diga que ella es una quimera irrealizable, conspira contra el porvenir. Antes fué solidario el hombre en su familia; después lo fué en su tribu; más tarde en su provincia política, en su comunión religiosa, en su grupo étnico. Hoy la solidaridad puede extenderse a todos los componentes de cada nación, cuya unidad espiritual debe fincar en la convergencia de ideales, aspiraciones e intereses de cuantos piensan y trabajan bajo un mismo cielo. Y mirando más lejos: ¿por qué la solidaridad no estrechará algún día en un solo haz fraternal a todos los pueblos?

Ensueño... como tantas realidades actuales que en otro tiempo se dijeron ensueños. No neguemos a los corazones optimistas el hermoso privilegio de augurar el advenimiento de la paz y el amor entre los hombres; puede que en su ilusión haya una posibilidad, entre mil, de que llegue a realizarse. ¿Por qué cortaríamos esas únicas alas, que le impiden caer, a la más bella esperanza de la humanidad?

Difundamos, entretanto, una nueva educación moral que desenvuelva sentimientos de harmonía y de justicia. La solidaridad convertirá en derechos todo lo que la caridad otorga como favores, y mucho más que ella no puede otorgar; pero también impondrá a todos la aceptación de los deberes indispensables para que desaparezca el odio entre los hombres, preparando el advenimiento de nuevos equilibrios sociales, incompatibles con la [illegible] el cumplimiento de los deberes que les son correlativos. Injusticia: imponer deberes sin respetar los derechos correspondientes. Por eso la solidaridad puede considerarse definida en la más sencilla fórmula de moral social: "Ningún deber sin derechos; ningún derecho sin deberes".

LA REVOLUCION UNIVERSITARIA

(Contin. de la pag. 5)

expeditivos que los usados por nosotros. Un profesor auxiliar amigo, de regreso de su viaje a la Argentina, nos contaba, medio entristecido y asustado, a pesar de sus pocos años, algo sobre este importante asunto: "¡Hasta el profesor Zeballos, célebre internacionalista y hombre de cultura vasta, fué separado, no sabemos cómo!" — nos decía. Nosotros para nuestro caletre, nos suponíamos cómo había sido.

—

Renovando el alumnado, creando un espíritu nuevo en la Universidad, depurando al profesorado e introduciendo en la enseñanza los nuevos cánones pedagógicos y las últimas palpitaciones de la ciencia, los estudiantes fundaban la Universidad nueva, verdadera y completamente nueva, cima de sus anhelos y cumbre de sus aspiraciones.

Desde entonces, la Universidad pasó a ser lo que debía: centro de investigación científica y luminosa fragua de espíritus. Respondiendo a esta doble aspiración — la de crear investigadores y ciudadanos — la Universidad nueva debía de expedir dos clases de títulos: unos, científicos, otros técnicos.

El practicismo de la vida moderna nos convence con la fuerza que tiene la realidad para cumplir sus designios; desoír los clamores de un gran número de ciudadanos que sólo desean una mediana instrucción científica, la suficiente para ganarse la vida; o desoír a la otra pequeña parte del país que reclama una enseñanza superior, exclusivamente investigadora, es no dejar satisfechas las necesidades sociales. Los estudiantes latino-americanos han tratado de conciliar ambos intereses, creando la enseñanza duple. Esa reforma es otra de las que necesitamos: la vieja Universidad de La Habana ni es un centro de estudios puramente académico y de investigación, ni prepara lo suficientemente bien a los que aspiran sólo a un título técnico, de los llamados por los alemanes de "ciencia de pan". La Universidad de La Habana queriendo hacer ambas cosas no hace ninguna.

Para terminar repetiremos lo que hace poco dijimos: los universitarios hermanos, al tratar de hacer la Universidad nueva, gestaron, asimismo, ideales más amplios. Quienquiera que lea los manifiestos lanzados a sus respectivos países por las Federaciones de Estudiantes latino-americanas, notará que detrás de las aspiraciones universitarias, latían en una diástole magnífica, plena de vida y roja como la sangre de un enorme y joven corazón, otros anhelos más justos y más humanos. En pos de la Universidad Nueva una Sociedad Nueva se prepara.

Por lo anteriormente expuesto el "Grupo Renovación", decide someter al voto ilustrado del Primer Congreso Nacional de estudiantes la siguiente

Revolución

1.º Que el Directorio de la Federación, tienda a crear en el alumnado cubano, la mentalidad revolucionaria que quieren los tiempos nuevos.

2.º Que el Directorio de la Federación formule un programa que comprenda todas las aspiraciones de los estudiantes y que para la mejor realización del mismo, cree una Prensa estudiantil, abundante, pura, roja, capaz de mover a las masas estudiantiles y de hacerse oír en la Nación.

3.º Que el Directorio de la Federación gestione la ingerencia de los estudiantes en todos los organismos universitarios en la misma proporción que lo están en la Asamblea; y que ésta sea una realidad verdadera.

4.º Que sean los Consejos de Facultad los encargados de modicar los planes de estudio y no el Congreso de la República, como actualmente sucede; fin que se conseguirá merced a una verdadera Ley de Autonomía Universitaria.

Por el "Grupo Renovación",
Alfonso Bernal de Riesgo.
(de "Juventud", Habana).

"LA CULTURA ARGENTINA"

ADAN QUIROGA

CALCHAQUÍ

con una introducción de LEOPOLDO LUGONES

$ 2.— m/n en todas las librerías

JOSE INGENIEROS: Simulación de la locura.
(8.ª Edición, revisada por el autor).
[illegible]
1 vol. in-8.º, de 400 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: Histeria y sugestión.
(5.ª Edición, revisada por el autor).
[illegible]
1 vol. in-8.º, de 240 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: Criminología.
(7.ª Edición, corregida por el autor).
[illegible]
1 vol. in-8.º, de 408 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: Crónicas de Viaje (1905-1906).
(6.ª Edición).
[illegible]
1 vol. in-8.º, de 260 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: Principios de Psicología.
(6.ª Edición, corregida).
[illegible]
1 vol. in-8.º, de 400 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: Sociología Argentina.
(7.ª Edición, corregida y muy aumentada).
[illegible]
1 vol. in 8.º, de 478 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: La Evolución de las Ideas Argentinas.
Libro I — La Revolución
[illegible]
1 vol. in-8.º, de 550 páginas .... $ 4 %
Libro II — La Restauración
[illegible]
1 vol. in-8.º, de 600 páginas .... $ 6 %

JOSE INGENIEROS: Las doctrinas de Ameghino.
[illegible]
1 vol. in-8.º, de 224 páginas .... $ 1 %

JOSE INGENIEROS: El Hombre Mediocre.
(5.ª Edición, corregida).
[illegible]
1 vol. in-16, de 230 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: Hacia una moral sin dogmas.
(2.ª Edición).
[illegible]
1 vol. in-16, de 210 páginas .... $ 1 %

JOSE INGENIEROS: Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía.
(2.ª Edición, con sumarios analíticos y proposiciones concretas).
[illegible]
1 vol. in-16, de 140 páginas .... $ 1 %

JOSE INGENIEROS: La psicopatología en el arte.
(2.ª Edición, muy aumentada. (Diez ensayos juveniles).
[illegible]
1 vol. in-8.º, de 220 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: La simulación en la lucha por la vida.
(12.ª Edición, revisada por el autor).
[illegible]
1 vol. in-16, de 220 páginas .... $ 1 %